
ARGENTINA: EL COMPORTAMIENTO ELECTORAL DURANTE LA TRANSICION DEMOCRATICA (1983-1989)

Liliana De Riz

RESUMEN. El estudio del comportamiento electoral bajo las nuevas democracias de América Latina es de especial interés para analizar los procesos de conformación de los sistemas de partido y sus perspectivas de estabilidad en el futuro. Desde una óptica comparativa, los resultados de las elecciones en Argentina en el período 1983-1989 no son sorprendentes. Como en otros países de la región, el partido encargado de conducir la instauración democrática cayó derrotado como consecuencia del desgaste producido en el ejercicio del gobierno. Un análisis de las elecciones sucesivas indica que, desde 1983, se han producido transformaciones en el sistema partidario argentino. Empero, un balance del conjunto del período no autoriza todavía a extraer afirmaciones concluyentes. La disminución de la polarización del voto, el fenómeno del voto volátil y el crecimiento de las fuerzas del centro-derecha del espectro político que se comprueba en este estudio son indicadores de la fluidez de los partidos políticos argentinos. En el presente, el sistema de partidos está en proceso de conformación.

De Alfonsín a Menem

En 1983 la asunción de un presidente constitucional puso fin a siete años de régimen militar. Como en otras ocasiones del pasado, los militares se retiraron a sus cuarteles. En ésta, sin embargo, el gobierno civil llegaba como consecuencia del colapso del régimen autoritario desencadenado por la derrota en la guerra de las Malvinas. Ninguna negociación política con las fuerzas armadas acerca del tratamiento del pasado de violación de los derechos humanos precedió la entrada al nuevo régimen; éstas se vieron forzadas a entregar el poder en las peores condiciones que imaginaron, es decir, sin garantías acerca de cómo las fuerzas políticas enfrentarían la

herencia que dejaban. A diferencia de las transiciones en Brasil o en Uruguay, en Argentina, los políticos no tenían incentivos para negociar con militares derrotados en una guerra y sin capacidad de ejercer influencia en la dinámica política de la transferencia del poder. Tampoco hubo una tradición de acuerdo entre las principales fuerzas políticas, como en Uruguay o en Brasil. La desconfianza mutua, la intolerancia y la confrontación fueron las modalidades de relación entre peronistas y radicales. Separados por una tradición maximalista, el acuerdo recibió el calificativo peyorativo de «contubernio»; peronistas y radicales, cuando gobernaron, lo hicieron solos. Esa historia política no presagiaba un futuro fácil a la nueva democracia instalada en el marco de la más grave crisis económica conocida.

Esta particularidad de la forma de la transición democrática en Argentina, que tuvo comienzo tras la derrota en Malvinas, en 1982, configuró el contexto político de la votación de octubre de 1983. La oferta que Raúl Alfonsín y su partido hicieron a la ciudadanía fue recrear un Estado de Derecho en el que el crecimiento y la distribución justa de la riqueza surgirían como consecuencia del imperio de la ley, sin compromisos espúreos con el régimen *de facto*. Además, Alfonsín hizo una explícita y convincente conexión entre los peronistas y los militares al denunciar durante la campaña preelectoral y la existencia de un «pacto militar-sindical» destinado a olvidar el pasado a cambio del apoyo de las fuerzas armadas al futuro gobierno peronista. La Constitución nacional era el *leit motiv* de sus discursos preelectorales. Su convocatoria encontró eco en una sociedad dispuesta al nunca más al horror, la represión y el estancamiento económico.

Con la victoria en las elecciones de 1983, la Unión Cívica Radical logró en las urnas lo que ninguna otra estrategia había logrado en el pasado: la primera derrota política del peronismo en elecciones libres y sin proscripciones. Raúl Alfonsín llegó a la presidencia tras una campaña electoral en la que logró redefinir la competencia en términos de la opción entre la democracia y el autoritarismo, proclamando a su partido como la fuerza política capaz de devolver la democracia a una sociedad sacudida por una larga década de intolerancia y violencia. El peronismo no apareció entonces como una alternativa creíble para lograr esa aspiración colectiva. La memoria del pasado —el gobierno peronista de 1973-1976 y los gobiernos militares que se sucedieron desde entonces— militó en favor del radicalismo, *aggiornado* bajo el liderazgo de Alfonsín. Comparados con los resultados de las elecciones presidenciales de 1973, el contraste de los resultados de 1983 surge con claridad. En 1983, la UCR obtuvo el 50 por 100 de los votos y el peronismo el 39 por 100. En 1973, la UCR había logrado el 21 por 100, mientras que el Partido Justicialista alcanzó entonces el 49 por 100 de los votos, como se observa en el cuadro 1.

En 1983 las urnas inauguraron un nuevo ciclo político en la Argentina, marcado por el fin de cuatro décadas de hegemonía del peronismo. Ya sea

CUADRO 1

Resultado de las elecciones presidenciales nacionales: 1973, 1983, 1989
(En porcentajes)

<i>Partidos</i>	<i>1973</i>	<i>1983</i>	<i>1989</i>
Radical (UCR) (1)	21	50	36
Peronista (2)	49	39	46
Centro-derecha (3)	20	4	10
Izquierda (4)	8	4	5
En blanco y anulados	2	3	3

- (1) Radical.—1989: UCR y Confederación Federalista Independiente (CFI).
 (2) Peronista.—1973: Frente Justicialista de Liberación (FREJULI); 1983: Partido Justicialista; 1989: Frente Justicialista de Unidad Popular (FREJUPO).
 (3) Centro-derecha.—1973: Alianza Federalista Popular, Alianza Nueva Fuerza, Alianza Republicana Federal, Partido Socialista Democrático; 1983: Unión de Centro Democrático, Alianza Federal, Alianza Socialista Democrática-Demócrata Progresista; 1989: Alianza de Centro (UCeDe, Demócrata Progresista, Demócrata, Pacto Autonomista Liberal), Fuerza Republicana, Bloquista, Movimiento Popular Neuquino, otros provinciales.
 (4) Izquierda.—1973: Alianza Popular Revolucionaria, Frente de Izquierda Popular, Partido Socialista de los Trabajadores; 1983: Partido Intransigente, Frente de Izquierda Popular, Partido Obrero, Movimiento al Socialismo, Partido Demócrata Cristiano, Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Socialista; 1989: Alianza Izquierda Unida, Socialistas, otros.

FUENTE: Manuel Mora y Araujo (1989), p. 2.

como fuerza de gobierno o como fuerza proscripta, había ejercido su poder de veto sobre toda fórmula política ensayada para encontrar una salida a la crisis que desató su derrocamiento por un golpe militar en 1955. El peronismo, un conglomerado de fuerzas heterogéneas, antes que un partido, sufrió la primera derrota en elecciones «limpias» desde 1946. Empero, conservó una importante masa de votos y un fuerte poder de veto en el Congreso.

La victoria del peronismo, cinco años y medio después, el 14 de mayo de 1989, recuperó para esa fuerza política la primacía electoral perdida en 1983. Carlos Saúl Menem, el candidato justicialista, logró la presidencia de la República. Desde una perspectiva comparada, estos resultados no son sorprendentes. La derrota electoral ha sido el precio que generalmente pagaron las fuerzas políticas encargadas de conducir las etapas iniciales de las transiciones democráticas. Así ocurrió en Europa, con el partido de Adolfo Suárez en España, y también en América Latina, con el partido de Sanguinetti en Uruguay, el de Belaúnde Terry en Perú, y el de Febres Cordero en Ecuador. Las primeras elecciones libradas bajo el régimen democrático muestran al electorado favoreciendo al principal partido de la oposición como alternativa frente a la frustración de las expectativas pue-

tas en los partidos que asumieron la responsabilidad de recrear el nuevo régimen. Esto ocurrió en Argentina en 1989. La coalición formada alrededor de Raúl Alfonsín, por votantes radicales y antiguos votantes del peronismo y de partidos a la derecha y a la izquierda del espectro político¹, cedió el paso a una nueva coalición alrededor de Menem, una figura política del justicialismo, cuyos niveles de popularidad ya a fines de 1984 se acercaban a los de Raúl Alfonsín, ambos muy por encima de otros dirigentes de relevancia en el peronismo y en el radicalismo (M. Mora y Araujo, 1989).

Como puede verse en el cuadro 1, Menem logró superar en 10 puntos al candidato Radical, Eduardo Angeloz, quien pese a haber hecho una buena elección, alcanzando el 36 por 100 de los votos, no logró detener la fuga de votos que con anterioridad habían dado su apoyo a Alfonsín. Sin duda, en ese resultado electoral tuvo un impacto decisivo el proceso inflacionario desatado dos meses antes de las elecciones y que poco después condujo a la hiperinflación y a la renuncia anticipada del presidente Alfonsín. A través de los cinco años y medio de gestión, el gobierno de Raúl Alfonsín había reforzado el respeto por los derechos constitucionales: ningún sindicato, ninguna universidad, ninguna provincia fueron intervenidos por el gobierno central, en franco contraste no sólo con los gobiernos militares, sino también con la experiencia de otros gobiernos democráticos del pasado. Además, el gobierno radical firmó un Tratado de Paz con Chile en 1984, logrando poner fin a un conflicto fronterizo que estuvo a punto de desencadenar una guerra entre ambos países en 1978. La negociación pasó a ser el eje de una política exterior cuyo rasgo central hasta entonces había sido el belicismo.

Sin embargo, el gobierno no pudo librar con éxito la batalla contra las

¹ La peculiaridad de la política argentina desde el surgimiento del peronismo en la escena nacional es su organización alrededor de una línea divisoria que separa a la sociedad en dos partes, sin seguir un patrón estratificado. Ese clivaje entre peronistas, de un lado, y no peronistas, del otro, es de naturaleza política. Los no peronistas expresan sus diferencias en un sistema diferenciado de opciones, particularmente entre el radicalismo y los partidos de centro-derecha, de tal suerte que el triunfo sobre el peronismo depende de la formación de una coalición no peronista, como ocurrió, por primera vez en casi cuatro décadas, en las elecciones de 1983. A diferencia de otras sociedades en las que la política se organiza alrededor de un clivaje social, en la Argentina, la organización pasa por una línea divisoria en forma diagonal que deja en la parte inferior a la franja más pobre y en la superior a la más rica. Según la diagonal se desplace hacia arriba o hacia abajo, mayor será la proporción de los sectores medios que quedé de un lado o del otro. Hasta el presente, ese clivaje político mantiene su formato en diagonal, de tal suerte que las coaliciones se organizan siempre en cada una de las dos partes, pero sin atravesar la línea divisoria. Como señala Mora y Araujo, el 75 por 100 de la población que no pertenece ni a la franja más rica ni a la más pobre de la sociedad argentina no se diferencia por sus características sociodemográficas o sus niveles heterogéneos de ingreso; su situación ocupacional es la que define sus expectativas y su comportamiento electoral (M. Mora y Araujo, 1989). Esta interpretación converge con la de Catterberg, quien, como veremos más adelante, asigna un significado clave al voto de los sectores bajos estructurados (obreros calificados, cuentapropistas, empleados) en el triunfo de Alfonsín (E. Catterberg, 1989).

presiones inflacionarias en la economía ni resolver la peligrosa brecha que aún existe entre las fuerzas armadas y el poder civil. Sin duda, el desplazamiento de votantes hacia el justicialismo y el centro-derecha del espectro político en las elecciones de 1989, no es separable de las ofertas de corte populista y liberal en la economía que representaban Menem y Alsogaray, respectivamente. La consigna de la «revolución productiva», acompañada del salarizado, que levantó el candidato justicialista, aunque no fue definida en sus contenidos de políticas concretas, prometía un drástico viraje en la economía que bien pudo ser interpretado como el abandono de las políticas de ajuste, tradicionalmente identificadas con los gobiernos antipopulares, por muchos de sus votantes. Menem eludió definiciones programáticas durante su campaña y optó por dejarse ver recorriendo el país en su menemóvil (remedo del papamóvil). El mote de populista le había sido dado por sus propios adversarios en la interna partidaria para descalificarlo como expresión de un peronismo retrógrado.

El candidato de la Alianza de Centro, por su parte, al identificar al radicalismo y el peronismo como opciones estatistas, ideológicamente semejantes y responsables ambas de la frustración argentina, buscó afanosamente aglutinar a los partidos de la derecha conservadora y liberal, profundamente divididos por décadas, y construir el espacio político para una tercera fuerza.

El candidato radical, Eduardo Angeloz, no pudo diferenciarse del gobierno de Alfonsín, pese a los esfuerzos que realizó durante su campaña. Su posición crítica respecto de la política de Alfonsín en el gobierno y en el partido no alcanzó para conservar el voto de los desencantados con la gestión radical. Habiendo surgido como el candidato «natural» para la sucesión presidencial tras su reelección como gobernador de Córdoba, una de las dos provincias que la UCR logró conservar luego de la derrota electoral de 1987, su oferta de austeridad y buena administración no concitó la adhesión militante de su propio partido, más resignado que entusiasta frente a la figura de Angeloz.

El mapa electoral en 1989

En 1989, el mapa político resultante de las elecciones conservó el formato bipartidista que había surgido en 1983 tras cuatro décadas de vigencia de un sistema de partido dominante. Peronistas y radicales continuaron siendo los dos protagonistas principales de la vida política argentina. Ni los sectores de izquierda en conjunto ni los de la derecha lograron quebrar el predominio del PJ y de la UCR. La izquierda no superó su caudal potencial de entre el 5 y el 7 por 100 del voto total a lo largo de este sexenio. Los sectores del centro-derecha incrementaron su caudal de votos, pasando del 4 al 10 por 100 del electorado (cuadro 1).

La comparación de las elecciones de 1983 y 1989 muestra una disminución del total de votos logrados por los dos principales partidos, la UCR y el justicialismo. En las elecciones presidenciales nacionales de 1983, la suma de ambos partidos representó un 89 por 100 de los votos, para disminuir a un 82 por 100 en 1989. Las agrupaciones del centro-derecha fueron los principales beneficiarios de la brusca caída del voto radical, pasando del 4 por 100 de los votos en 1983 al 10 por 100 en 1989. Los votos a diputados muestran una disminución mayor en las cifras registradas por ambos partidos: 86 por 100 en 1983 y 73 por 100 en 1989. Sin duda, las cifras reflejan la posición predominante de los dos grandes partidos populares. El cuadro 2 presenta las cifras para las elecciones de diputados nacionales discriminadas por provincias. Los datos confirman que la polarización se mantiene, aunque disminuye en 1989 respecto de las anteriores elecciones presidenciales.

Los cambios más significativos en el mapa político-electoral de 1989 se reflejan en el claro predominio del justicialismo por sobre las demás fuerzas políticas y un crecimiento importante de los partidos del centro-derecha. La UCR quedó 14 puntos por debajo de la cifra obtenida en 1983 para presidente y registró una pérdida de 19 puntos respecto de los resultados alcanzados para diputados nacionales (pasando del 48 por 100 de los votos en 1983 al 29 por 100 en 1989). Parte de esa pérdida fue capitalizada por el peronismo. En efecto, en el mismo período, el PJ pasó del 39 al 45 por 100, incrementándose en 6 puntos. Sin embargo, la ganancia más importante fue la registrada por el conjunto de los partidos del denominado «centro-derecha» del espectro político, que pasaron del 4 al 15 por 100 en ese período². Las agrupaciones de la izquierda política mantuvieron el 6 por 100 de los votos en ese lapso.

Dada la fuerte tendencia a la polarización del voto en las elecciones presidenciales, el voto a diputados refleja mejor el espacio de otras fuerzas políticas. En efecto, cuando se comparan las elecciones generales de 1983 y 1989 desde la perspectiva de la autoridad a elegir, nacional, provincial o local, se comprueba que los votantes discriminaron sus opciones en cada caso. En 1983, el 50 por 100 de los votos obtenidos por la UCR para su candidato presidencial disminuyó al 48 por 100 en las elecciones a diputados y sólo obtuvo el 32 por 100 de las provincias, es decir, 7 de las 22. El peronismo, por su parte, obtuvo el 39 por 100 para presidente, el 38 por 100 para diputados y el 54 por 100 de las gobernaciones. Este comportamiento selectivo surge con gran nitidez en algunos casos: en la Capital Federal, por ejemplo, la UCR obtuvo un 15 por 100 más de votos para la presidencia que los votos obtenidos en la elección de diputados (64 y 49

² En estas cifras se excluye para 1989 de los partidos del centro-derecha al Movimiento Popular Neuquino, el partido Bloquista de San Juan y a la Fuerza Republicana liderada por el general Bussi en Tucumán.

CUADRO 2

*Grado de polarización en las provincias:
elecciones de diputados nacionales (1)*

<i>Polarización</i>	1983	1985	1987	1989
100-90%	Buenos Aires Córdoba Chaco Entre Ríos La Rioja Mendoza Misiones Río Negro Santa Cruz Tucumán	Catamarca Chaco La Rioja Misiones San Luis Sant. del Estero	Catamarca Chaco Entre Ríos Formosa La Pampa La Rioja Misiones Santa Cruz Sant. del Estero	Formosa La Rioja Santa Cruz
Subtotal	10	6	9	3
89-80%	Catamarca Chubut Formosa Jujuy La Pampa Salta San Luis Santa Fe Sant. del Estero	Córdoba Entre Ríos Formosa La Pampa Río Negro Santa Cruz Tucumán Buenos Aires	Buenos Aires Córdoba Chubut Mendoza San Luis	Catamarca Córdoba Chaco Entre Ríos La Pampa Misiones Río Negro San Luis
Subtotal	9	9	5	8
79-70%	Capital Federal T. del Fuego	Chubut San Juan Santa Fe	Jujuy Río Negro Salta	Buenos Aires Mendoza Santa Fe T. del Fuego
Subtotal	2	3	3	4
<70%	Corrientes Neuquén San Juan	Corrientes Jujuy Neuquén Salta Capital Federal T. del Fuego	Corrientes Neuquén San Juan Santa Fe Capital Federal Tucumán	Corrientes Chubut Jujuy Neuquén Salta San Juan Capital Federal Tucumán Sgo. del Estero
Subtotal	3	6	6	9
TOTAL	24	24	23 (2)	24

(1) Para confeccionar el cuadro se han sumado los porcentajes de votos obtenidos por la UCR y el PJ (hayan concurrido solos o en alianzas) y agrupado en cuatro categorías a las provincias.

(2) Faltan los resultados correspondientes a Tierra del Fuego.

por 100, respectivamente). En el peronismo, en cambio, la diferencia fue de sólo 3 puntos (27 y 24 por 100, respectivamente). En Catamarca la UCR logró el 47 por 100 para presidente, el 42 por 100 para diputados y 36 por 100 para gobernador; el PJ, por su parte, logró el 44, 42 y 40 por 100, respectivamente. En Salta, los resultados fueron aún más dispares: la UCR obtuvo 45, 42 y 27 por 100, mientras que el PJ logró el 45 por 100 para presidente y diputados y el 51 por 100 para gobernador. Estas diferencias reflejan la naturaleza contrastante de los votos radicales y peronistas. Mientras que el PJ mantuvo parejo su caudal de votos en los tres niveles de elecciones de autoridades, la UCR concitó más adhesiones alrededor del candidato presidencial, declinando como opción en las elecciones para diputados y gobernadores en favor de terceros partidos. Alfonsín fue el beneficiario en 1983 del apoyo recibido por votantes no radicales³.

Como lo señala Mora y Araújo, la coalición que votó a Alfonsín para presidente se componía de:

	%
1. Caudal radical estable	15
2. Votos de origen centro-derecha	10
3. Votos de origen peronista	6
4. Votos de origen de izquierda	2
5. Votantes por primera vez	17
TOTAL	50

FUENTE: Manuel Mora y Araújo, *op. cit.* También, Mora y Araújo (1985).

Catterbeg destaca el peso decisivo que el sector bajo no estructurado (obreros calificados, cuentapropistas y empleados) tuvo en el triunfo electoral de la UCR en 1983. Conformado por segmentos sociales ubicados por encima de la línea de pobreza, este sector respondió a la convocatoria alfonsinista de construir una sociedad democrática con posibilidades de progreso para ellos y sus hijos (E. Catterberg, 1989). De este modo, el triunfo radical en 1983 fue logrado gracias a una coalición semejante a la que llevó al gobierno al general Perón en 1946, con la diferencia de que en 1983 las clases medias eran más numerosas y los estratos bajos no obreros más reducidos en 1989.

Cuando se comparan las dos elecciones presidenciales desde la óptica de la composición social de los votantes de la UCR y del PJ (cuadro 3), se

³ Los resultados electorales a nivel de distrito pueden verse en Rosendo FRAGA, *Argentina en las urnas, 1916-1989*. Ed. Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, Buenos Aires, 1989.

CUADRO 3

Voto según nivel socioeconómico (1983 y 1989)
(En porcentajes)

	<i>Altos y medios altos</i>		<i>Medios Medios</i>		<i>Bajos estructurados</i>		<i>Bajos no estructurados/marginales</i>	
	1983	1989	1983	1989	1983	1989	1983	1989
UCR	71	48	67	53	53	34	41	20
PJ	20	23	25	27	38	52	56	72

FUENTES: 1984: Edgardo CATTERBERG, *Los argentinos frente a la política*; 1989: Encuesta ESTUDIOS, 14-5-89 (Buenos Aires y Gran Buenos Aires).

observa que, en 1989, el PJ concitó el apoyo mayoritario de los sectores bajos en su conjunto. En 1983, los únicos segmentos entre los cuales el peronismo superó al radicalismo fueron los obreros no calificados⁴.

El cuadro 3 muestra que el radicalismo retuvo en 1989 al 30 por 100 de los sectores bajos estructurados y al 20 por 100 de los no estructurados. La pérdida mayor se produjo entre los niveles altos y medios altos de la pirámide social, parte de los cuales fueron a engrosar las filas del candidato del centro-derecha, Alvaro Alsogaray, un viejo protagonista de la política argentina, presidente de la Unión de Centro Democrática (UCeDe), partido de orientación conservadora, que logró una importante pesencia en la Capital Federal en 1989.

En 1989, la UCR cayó del 36 por 100 de votos logrados para el candidato presidencial al 29 por 100 en la elección para diputados nacionales, dato que pone en evidencia el aumento de los votos que, a través del corte de boletas, se dirigieron hacia otros partidos. El peronismo, por su parte, con el 46 por 100 de los votos para presidente, logró el 45 por 100 de los votos para diputados nacionales, 4 puntos por encima de la cifra obtenida en esas elecciones en 1983.

Cuando se compara la distribución de fuerzas institucionales resultantes de las dos elecciones generales, se observa que en 1983 la UCR ganó la presidencia y la mayoría en la Cámara de Diputados por un estrecho margen de 129 bancas contra un total de 254. El peronismo conservó un fuerte poder de veto, con 111 diputados. En el Senado, en cambio, la suerte le fue adversa al radicalismo; allí el PJ alcanzó 21 representantes sobre un total de 46, pasando a ser la primera minoría. La UCR sólo obtuvo 18

⁴ En 1973, el candidato peronista, Italo Luder, había obtenido el 69 por 100 de los votos de los obreros calificados, mientras que Alfonsín logró sólo el 27 por 100 (E. Catterberg, 1989, p. 7).

bancas, lo que la obligó a buscar alianzas en esa arena legislativa, un territorio particularmente difícil, ya que los partidos menores se resistieron a asimilar su comportamiento legislativo al de los bloques mayoritarios y resignar el poder de arbitraje que habían adquirido. Esta configuración institucional adversa en el Senado le costó al gobierno radical el veto a su proyecto de democratización de los sindicatos, una pieza clave en el programa de Alfonsín. Esa primera confrontación, en marzo de 1984, tuvo un impacto decisivo sobre la posterior estrategia desarrollada por el oficialismo y por la oposición en el Congreso Nacional. A los peronistas les mostró cómo el camino de la confrontación podía ser un instrumento precioso para mantener su más que precaria unidad interna; a los radicales les reforzó la creencia de que para gobernar debían pasar por encima del Congreso y apostar por la división de sus principales adversarios⁵.

En 1989, en cambio, la distribución institucional de fuerzas favoreció claramente al justicialismo. Aunque no lograron *quorum* propio en la Cámara de Diputados, con 120 bancas sobre el total de 254, la distancia respecto de la UCR, que sólo logró 90, facilita que logre el *quorum* con sólo unos pocos hombres que pueden conseguir ofreciendo favores políticos a los partidos menores. El Senado, en cambio, está bajo el control del PJ; allí cuenta con 25 bancas, mientras que el radicalismo sólo logró 14. Al mismo tiempo, conserva 17 de las 22 provincias. Las elecciones para gobernadores recién tendrán lugar en 1991, lo que brinda a la administración de Menem un amplio margen de maniobra en los dos primeros años de su gestión⁶.

*El comportamiento electoral durante el gobierno de Alfonsín:
las elecciones generales de 1985 y 1987*

Las primeras elecciones de renovación parcial de la Cámara de Diputados tuvieron lugar en noviembre de 1985. Pese a que los resultados no produjeron cambios importantes en la composición de la Cámara Baja, la UCR conservó sus 129 bancas, y el PJ perdió 10 en favor de partidos menores, ambos partidos redujeron su caudal electoral. La UCR pasó del 48 al 43 por 100, mientras que el PJ, atravesado por conflictos internos, disminuyó del 38 al 34 por 100. Para el radicalismo, que vio crecer su electorado en provincias como Catamarca (+14 por 100), Formosa (+17 por 100), La Pampa (+12 por 100), San Luis (+11 por 100), Santiago del

⁵ Para un análisis de la dinámica partidaria en el Congreso y las relaciones entre éste y el Ejecutivo, véase L. DE RIZ, «La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el Congreso», *Documento CEDES*, Buenos Aires, 1989.

⁶ Para información sobre la composición institucional del poder en el Congreso, véase L. DE RIZ y E. FELDMAN, *Guía del Parlamento Argentino*, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, 1989.

Estero (+ 18 por 100) o Santa Cruz (+ 8 por 100), los resultados eran auspiciosos. Para los radicalismos provinciales victoriosos parecía abrirse un nuevo ciclo político. En Jujuy, por ejemplo, la UCR logró el 34 por 100, frente al 6 por 100 alcanzado en 1973; en San Juan, el 45 por 100, frente al 11 por 100; en San Luis, 48 por 100, frente al 14 por 100; en La Pampa, 44 por 100, frente al 15 por 100; en Catamarca, el 50 por 100, frente al 19 por 100 de 1973. Tratándose de un partido cuyo caudal propio rondaba el 25 por 100 de los votos, lograr el 43 por 100 en las primeras elecciones para diputados nacionales durante su gestión era un dato promisorio. En efecto, las elecciones presidenciales de 1983 tuvieron un carácter excepcional, fuertemente polarizadas como lo fueron. Una de las claves para el triunfo de la UCR en 1983 fue su capacidad para convertirse en fuerza predominante en las zonas urbanas y de mayor nivel de vida del país. Superó la mayoría absoluta en distritos como Capital Federal (64 por 100), Buenos Aires (51 por 100), Santa Fe (50 por 100), Córdoba (56 por 100) o Mendoza (58 por 100), distritos en los que la media del peronismo se situó en el 38 por 100. En las provincias rurales, más pobres, el peronismo logró conservar su predominio histórico, aunque por márgenes estrechos, pasando a representar a los sectores marginales y más pobres. En 1985, aun perdiendo su caudal electoral anterior, el radicalismo logró proyectar su dominación de un modo más homogéneo.

El nuevo piso electoral, tras la migración hacia la izquierda y la derecha del espectro político que favorecen las elecciones de autoridades legislativas, confirmó el apoyo de nuevos votantes a su gestión. En este sentido, estas elecciones tuvieron un carácter plebiscitario, como la mayoría de los analistas coincidieron en interpretarlas. Representaban un crédito a la política del presidente Alfonsín y así fueron planteadas por el propio gobierno. Alfonsín había logrado avalar su gestión y consolidar su gran popularidad. Sin embargo, el interrogante acerca de la estabilidad de ese nuevo contingente de apoyo quedaba en pie. En efecto, las elecciones de noviembre de 1985 tuvieron lugar en el contexto del éxito de la política económica puesta en marcha por el gobierno para detener el descontrol inflacionario, el denominado Plan Austral. En marzo de 1985, a un mes y medio de la asunción del nuevo ministro de Economía, Juan Sourrouille, la tasa de inflación llegaba al 26,5 mensual. Entre julio y diciembre de ese año, la tasa cayó al 3 por 100 mensual. El peronismo se debatía entonces alrededor del conflicto entre los ortodoxos y los renovadores, estos últimos expresión de una nueva corriente surgida tras la derrota electoral de 1983 y dispuesta a democratizar al movimiento para recuperar la credibilidad perdida y despojarlo de sus componentes autoritarios. Esta situación no dejó de reflejarse en el comportamiento electoral; sin embargo, los sectores de la llamada Renovación hicieron una mejor elección que los ortodoxos, compitiendo, en algunos casos, a través de partidos menores. Este dato resultó decisivo en el ascenso ininterrumpido de la línea renovadora

dentro del partido. Las siguientes elecciones parciales, en 1987, serían el test definitivo para esta corriente y la antesala hacia el eventual triunfo sobre el radicalismo en las elecciones presidenciales de 1987. También el oficialismo planteó esa nueva confrontación electoral como una prueba decisiva de cuyo resultado dependía la continuidad misma del ejercicio plebiscitado del rol presidencial. Sin embargo, a partir de las elecciones de 1985 el radicalismo vivió intensas pugnas internas, como si hubiera quedado asegurado que eran los incuestionables dueños de las nuevas mayorías. Las elecciones de septiembre de 1987, de renovación parcial de la Cámara Baja y de la mayoría de las autoridades de las provincias, incluida Buenos Aires, el caso clave en juego en esa elección, mostraron un franco retroceso de las fuerzas del oficialismo. La pérdida del anterior caudal de votos ocurrió no sólo en favor del justicialismo, sino también en beneficio de partidos menores que recuperaron el espacio que en 1985 habían perdido en favor del radicalismo. La respuesta de sus nuevos contingentes de apoyo había sido contundente. La UCR logró reunir el 37 por 100 de los votos, mientras que el PJ alcanzó el 41 por 100. El Partido Intransigente (PI), agrupación política de izquierda, disminuyó sus votos del 7 por 100 logrado en 1985 al 2 por 100 en 1987. La UCeDe duplicó su caudal electoral, pasando del 3 al 6 por 100 en ese período. Desde la óptica de la transición democrática, estas elecciones introdujeron una novedad: la alternancia de partidos a nivel provincial.

CUADRO 4

*Resultados de las elecciones nacionales
para diputados
(En porcentajes)*

	1985	1987
UCR	43	37
PJ	34	41
PI	7	2
UCeDe	3	6
Otros	13	13

FUENTE: Dirección Nacional Electoral, Ministerio del Interior.

Durante los dos años transcurridos entre estas elecciones la situación había cambiado dramáticamente: por una parte, la inflación había recobrado ímpetu; por otra, el peronismo, pese a los congresos paralelos, las amenazas de escisión y la intensidad de los conflictos entre renovadores y

ortodoxos, no se había dividido, frustrando la apuesta que el propio gobierno hiciera. A comienzos de 1987, el gobierno decidió ampliar sus bases de apoyo y aliarse con un sector del sindicalismo, el sector de los gremios más poderosos, denominado el grupo de «los 15», otorgando a uno de sus dirigentes la cartera de Trabajo a cambio del apoyo a su política de ingresos. La introducción de Alderete en el gabinete significó un drástico giro en la orientación anticorporativa del oficialismo. Los motivos que llevaron a una fracción del sindicalismo peronista a esta alianza con el gobierno desbordan los límites de este trabajo; empero, sirve tener presente que ese sector buscaba recuperar el espacio político perdido tras el ascenso de la corriente renovadora del peronismo. En efecto, los renovadores habían logrado su ascenso al margen del apoyo explícito de los 15 y contando con el aval del sindicalismo contestatario representado por el secretario general de la CGT, Saúl Ubaldini, y la corriente renovadora sindical (los denominados «25»). El gobierno, por su parte, enfrentaba un año electoral en medio de la presión militar abierta (poco después, en la Semana Santa, estallaba la primera rebelión militar), dificultades para controlar la inflación y las críticas de la oposición, que reclamaba una política económica alternativa y un tratamiento diferente del problema de la deuda externa. Gobernar y conservar los apoyos electorales se tornaba una tarea cada vez más contradictoria.

La derrota electoral en las elecciones para gobernadores fue contundente. El PJ no sólo conservó las provincias ganadas en 1983, sino que triunfó en cinco de las siete provincias en las que había gobernado la UCR. El radicalismo sólo conservó Córdoba y Río Negro. Con 17 gobiernos provinciales, el crecimiento electoral del justicialismo mostró un brusco cambio de la opinión política. Tres partidos locales conservaron el gobierno de sus provincias: Corrientes, Neuquén y San Juan. La pérdida de la provincia de Buenos Aires a manos del PJ significó el revés más duro para el oficialismo. En Buenos Aires, el primer distrito electoral del país, se concentra más del 36 por 100 de los electores nacionales —7.159.561, en septiembre de 1987—. La concentración del Gran Buenos Aires reúne, a su vez, algo más del 60 por 100 del total provincial, lo que implica un 22 por 100 del electorado nacional. Sólo una vez, en 1961, pudo imponerse una fórmula presidencial sin haber triunfado en la provincia de Buenos Aires. Desde 1955 hasta el presente, esa provincia juega un papel determinante de la viabilidad de cualquier proyecto político nacional. Ello explica que las propuestas electorales tengan allí el significado de un plebiscito sobre la política nacional. A partir de 1946 y hasta 1983, el peronismo se impuso siempre sobre el radicalismo, por notables diferencias. Logró vencer con sus propios candidatos, cuando hubo participación sin restricciones, en 1951 ó 1954 y en su mejor votación histórica, la de 1973. Triunfó aun votando en blanco o mimetizado en otros partidos, en 1957 y en 1960; o a través de fórmulas que eludían la proscripción, como en 1962 ó 1965

Entre 1946 y 1973, su promedio de votos fue de 52,84 por 100. La victoria de la UCR en 1983 en la provincia de Buenos Aires estuvo 3 puntos por debajo del promedio justicialista.

Comparando las elecciones de diputados nacionales de 1985 con las de gobernador de 1987, el radicalismo perdió votos en todas las provincias, con excepción de Formosa, en la que creció alrededor del 2 por 100. Los descensos mayores los experimentó en Mendoza (-16 por 100), San Luis (-15 por 100), Río Negro (-15 por 100), aunque allí la existencia de un tercer partido operando como válvula de escape para el voto de castigo le permitió retener ajustadamente la gobernación. En Tucumán (-12 por 100), la división del justicialismo le permitió una mayoría relativa pero sin colegio electoral propio; lo que derivó en la elección de un gobernador peronista. El descenso más significativo tuvo lugar en San Juan (-26 por 100), distrito en el que las consecuencias de la lectura errónea de los resultados de 1985 llevaron a la UCR local a resistir aliarse con el Bloquismo, pese a la iniciativa nacional de una convergencia partidaria en el marco más amplio del llamado de Alfonsín a la convergencia política. Con sólo 2.020 votos más que los logrados por el radicalismo en 1985, el PJ pasó a controlar 17 provincias y el Senado, a la vez que hizo perder la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados a su adversario. Beneficiado por la distribución social, geográfica y política de sus apoyos, en 1987 el peronismo se convirtió en coprotagonista del primer gobierno de la transición. Como corolario, vale la pena destacar que los clivajes no pasaron por el corte vertical de las diferencias partidarias, sino por la divisoria que enfrenta al centro con el interior. El carácter volátil del voto fue el dato nuevo que las elecciones de 1987 trajeron al centro de la escena. La oscilación del voto registrada en 1987 entre el radicalismo y el justicialismo confirma la presencia de sectores para los cuales la percepción de la crisis socioeconómica es el factor decisivo de sus preferencias. A diferencia del pasado, la arena electoral se convirtió en un territorio incierto para las principales fuerzas políticas.

A partir de la derrota electoral, la posibilidad de gobernar la sociedad argentina pasó a depender del acuerdo entre el gobierno y su principal oposición: peronismo y radicalismo se encontraron en una situación de virtual empate. Ese acuerdo, sin embargo, tenía que anudarse en el contexto de la inminente confrontación electoral que dejaba poco margen al peronismo para un cambio en su estrategia de la mejor oferta. El diálogo abierto entre Alfonsín y Cafiero (gobernador de Buenos Aires, presidente del PJ y precandidato presidencial para 1989) no logró anudar ningún compromiso estable. La aprobación de leyes demoradas en el Congreso, como las leyes laborales, la ley de Defensa o la de Coparticipación federal, reflejó más el comportamiento defensivo del oficialismo derrotado que un consenso firme sobre el contenido de los proyectos aprobados por las Cámaras. Las leyes laborales finalmente aprobadas respondían al criterio

del peronismo y dejaban de lado las innovaciones propuestas por el gobierno (el proyecto del entonces secretario de Trabajo, Armando Caro Figueroa). Ninguna de las medidas de reformas estructurales llevadas por el Ejecutivo al Congreso lograron el aval del peronismo. En julio de 1988, en las primeras elecciones internas para nominación de los candidatos a la fórmula presidencial realizadas en la historia del peronismo, Carlos Menem, gobernador de La Rioja, obtuvo el triunfo sobre Cafiero. Este dato modificó el contexto político en el que habría de librarse la batalla electoral. Los intentos para anudar una fórmula de cogobierno entre Alfonsín y Cafiero quedaron en el aire. A partir de entonces, la incógnita que dominó el escenario político dentro y fuera del peronismo fue: ¿qué peronismo triunfó en las internas peronistas?

¿Por qué Menem?

Durante el primer trimestre de 1988 la espiral inflacionaria, alimentada por el inesperado incremento de los precios agrícolas internacionales, fue gestando una situación crítica. En julio de 1988, los precios al consumidor crecieron 25,6 por 100, el porcentaje más alto desde el Plan Austral. En agosto, el gobierno puso en marcha el plan económico conocido como el Plan Primavera, basado en un acuerdo desindexatorio con las empresas líderes y en la apropiación de los más altos precios internacionales de los productos agrícolas. La inflación cayó ese mes del 27,6 al 6,8 por 100 mensual. La fecha de las elecciones fue adelantada para el 14 de mayo de 1989 en la esperanza de llegar a las mismas con la economía bajo control. A fines de 1988, otra revuelta militar mostraba a un gobierno en jaque y sin capacidad de respuesta. A comienzos de febrero el Plan Primavera estalló, incapaz de contener la incertidumbre creada por la expectativa de triunfo del candidato peronista y sus promesas de cambiar drásticamente la política económica. Con una economía operando bajo un sistema hiperinflacionario, sin mercado y sin estado, la sociedad argentina votó el 14 de mayo y consagró presidente a Carlos Menem. Casi dos meses después, y como resultado de la decisión de Alfonsín de adelantar la transmisión del mando, Menem asumió la presidencia de la República.

Como coinciden en señalar los analistas de los resultados electorales, los clivajes que organizan la política argentina son de naturaleza política antes que clivajes sociales. La construcción de coaliciones hacia abajo o hacia arriba de la pirámide social depende del grueso del electorado, compuesto por aquellos sectores que no pertenecen ni a la franja más rica ni a la más pobre de la sociedad y representan el 75 por 100 de la población (M. Mora y Araújo, 1989). Menem buscó identificarse con el peronismo tradicional; la revolución productiva, el bienestar de los asalariados y los pobres y la justa distribución de la riqueza entre el capital y el trabajo,

devolverían la felicidad al pueblo argentino. Su consigna, «Sígame, no los defraudaré», era una apelación a todos los argentinos para recuperar la esperanza frustrada por el gobierno de Alfonsín. Eludiendo toda definición programática y sin temor a las contracciones, Menem reafirmó su aval al capitalismo y su defensa de la democracia —él mismo fue víctima de la represión durante el gobierno militar—. Si en las internas del peronismo había ganado contra el aparato del partido controlado por los renovadores, gracias al apoyo explícito de los sectores de la ortodoxia política y sindical y el eco de su convocatoria de tono místico entre los sectores marginales de la sociedad, en 1988 logró vencer los temores de la clase media.

La coalición de 1983 no se reiteró, como tampoco los hechos que la promovieron y llevaron a converger a sectores nunca antes reunidos⁷. Las elecciones de 1987 ya habían echado por tierra la aspiración de un partido socialmente hegemónico. Menem proyectó la imagen que su partido venía trabajosamente definiendo en la competencia electoral: su aptitud para el cambio. En su victoria tuvieron un papel decisivo los fenómenos de marginación y extrañamiento político de sectores cada vez más significativos del país. Ese contingente de apoyos augura compromisos cambiantes, aguda sensibilidad a la crisis y alta volatilidad del voto. Acaso «el ciclo breve del consenso» se haya instalado como una pauta de comportamiento destinada a durar; el castigo al radicalismo pronto puede convertirse en el castigo al peronismo.

Perspectivas futuras

El resultado electoral de 1989 no trajo aparejado sorpresas. Replicó la tendencia ya puesta de manifiesto en las elecciones parciales de 1987. Sin embargo, el dato interesante es que la UCR, pese a la crisis por la que atravesaba el partido después de su primera derrota en las urnas, y con un candidato que no concitó el entusiasmo del grueso del aparato partidario en manos del alfonsinismo, haya logrado el 36 por 100 de los votos. El radicalismo pagó el costo político de sus propios errores en el desempeño del gobierno, una tarea para la cual estaba mal preparado. Prueba de ello es que lo que se ha denominado «alfonsinismo» —una teoría y una nueva práctica de la política— se fue desplegando a lo largo de la gestión de gobierno como consecuencia misma de los dilemas de gobernar la transición antes que como resultado de definiciones programáticas claras. El resultado electoral muestra, empero, que otros factores, además del des-

⁷ Los datos muestran que la coalición alfonsinista se desgranó, en 1989, de la siguiente manera: el 58 por 100 de los que votaron a Alfonsín repitieron su voto; el 27 por 100 votó por Menem; el 9 por 100, por Alsogaray, y el 6 por 100 restante se distribuyó entre los partidos de izquierda y el voto en blanco (E. Catterberg y M. Braun, 1989, p. 370).

empeño efectivo del gobierno, pesaron en el comportamiento electoral. La UCR representa ciertos valores —pluralismo político, refuerzo de las libertades civiles— que la convierten en una opción para segmentos significativos del electorado. El peronismo, por su parte, aparece asociado a la justicia social, el valor más atractivo para ciertos sectores de la población. Ambos partidos recogen lealtades en cierto sentido independientes del desempeño gubernamental, y esas lealtades se reactivan en tiempos de fuerte polarización política, como son los tiempos de las elecciones presidenciales⁸. Si ese capital político propio se mantiene a futuro, los dos principales partidos llegarán a nuevas confrontaciones electorales en un escenario en el que pequeñas diferencias en el comportamiento electoral pueden traer aparejado cambios sustanciales en la estructura de poder institucional. Si, por el contrario, el bipartidismo se debilita en favor de otros partidos —recientes elecciones en las provincias de Tucumán, el Chaco y Santa Fe dieron el triunfo a terceras fuerzas políticas (en las dos primeras a nuevas agrupaciones de extrema derecha y en la última al Partido Socialista de Estévez Boero)—, ese debilitamiento será a la vez la consecuencia y el indicador de una crisis en el modo tradicional de organización de la política argentina: nuevos clivajes sociales e ideológicos afectarán el mapa político-electoral.

Otro aspecto interesante a destacar es el peso de la figura del candidato presidencial en el resultado electoral. La UCR y el PJ son maquinarias electorales que movilizan lealtades y sentimientos antes que partidos programáticos. Ideológicamente semejantes en cuestiones de organización social y económica, la política de confrontación, acentuada por el formato bipartidista del sistema de partidos, había sido en el pasado, y siguió siéndolo durante la experiencia democrática, el instrumento privilegiado para mantener sus identidades respectivas. Desde la muerte de Perón, ningún líder había conseguido llenar el vacío dejado por el general. El propio Menem, con sus componentes carismáticos y su tono místico, estuvo lejos de lograr el desempeño electoral de Perón. Sin embargo, y pese al franco contraste con la figura del fundador del peronismo, esta suerte de *play-boy* y deportista consumado pasó a ser el polo de atracción de sectores tradi-

* Téngase en cuenta que el clima de opinión previo a las elecciones de 1989 reflejado en las encuestas pone de manifiesto el fuerte predominio de una imagen negativa de la *performance* socioeconómica del gobierno (E. Catterberg y M. Braun, 1989, pp. 363-373). Como observan los autores, la comparación del desempeño del gobierno de Alfonsín con otros gobiernos previos refuerza la imagen del fracaso en relación a la política económica y simultáneamente destaca sus logros políticos. En noviembre de 1988, el primer gobierno de Perón (1946-1955) fue el mejor evaluado en términos del crecimiento económico e igualdad social. El de Alfonsín, en cambio, lo fue en relación a la democracia, el prestigio internacional y las libertades. Que en este clima de opinión la UCR haya logrado el 36 por 100 de los votos refuerza la interpretación avanzada en este texto, tanto en lo que respecta a la vigencia de las opciones representadas por ambos partidos como a la presencia de contingentes flotantes cuyas preferencias deciden cuál de los dos principales partidos ganará la elección presidencial.

cionalmente renuentes a votar al peronismo. Con él llegaba algo nuevo, aunque no definible, a la política argentina: consciente de este nuevo elemento, Menem eligió confrontarse con Alfonsín y no con Angeloz, ya que su propuesta, a la vez que enraizada en el peronismo tradicional, se planteaba como el resultado del *aggiornamento* democrático del peronismo a las ideas y al clima de una nueva época. Menem también era un renovador dentro del peronismo, sólo que el contenido de esa renovación habría de develarse a lo largo de su gestión.

La democracia argentina pasó el test de las elecciones de 1989: después de seis décadas de sucesión resuelta por la fuerza, la rotación pacífica de los partidos en el poder fue el corolario de esta experiencia democrática. Sin embargo, la democracia argentina sigue siendo frágil; el malestar social, la altísima inflación y las pugnas en el seno del partido en el gobierno configuran un panorama de incertidumbre. Las relaciones entre el poder militar y el poder civil continúan irresueltas. Las expectativas puestas en el presidente Menem se van convirtiendo en frustración sin que un poder moderador, por encima de la gestión misma, pueda compensar la erosión de la credibilidad del gobierno. La fallida reforma constitucional del régimen presidencialista propuesta por el presidente Alfonsín, deja abierto el interrogante de cómo habrán de transitarse los cinco años y medio que restan al actual gobierno. Las características del sistema partidario argentino, combinadas con una tradición de presidencias plebiscitadas⁹, deja poco margen institucional para el gobierno de la crisis.

⁹ Para un análisis del impacto del régimen presidencialista en la transición democrática, véase L. DE RIZ, *Transition to democracy in Argentina: a questioning of presidentialism (1983-1989)* (mimeo), trabajo presentado al Simposio sobre la Transición Democrática en Argentina, Universidad de Yale, marzo de 1990.

BIBLIOGRAFÍA

- CATTERBERG, E. (1989a): *La consolidación de la democracia en la Argentina y el sistema de partidos políticos, 1983-1989* (mimeo), trabajo presentado al XV Congreso Internacional de LASA.
- (1989b): *Los argentinos frente a la política: cultura política y opinión pública en la transición argentina a la democracia*, Ed. Planeta, Buenos Aires.
- CATTERBERG, E., y BRAUN, M. (1989): «Las elecciones presidenciales argentinas del 14 de mayo de 1989: la ruta a la normalidad», en *Revista de Desarrollo Económico*, IDES, Buenos Aires, vol. 29, núm. 115, octubre-diciembre, pp. 361-373.
- DE RIZ, L. (1989): «La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el Parlamento», *Documento CEDES/19*, CEDES, Buenos Aires.
- (1990): *Transition to democracy in Argentina: a questioning of presidentialism (1983-1989)*, trabajo presentado al Simposio sobre la Transición Democrática en Argentina, Universidad de Yale, marzo.
- DE RIZ, L., y FELDMAN, E. (1989): *Guía del Parlamento Argentino*, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires.
- FRAGA, R. (1989): *Argentina en las urnas*, Ed. Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, Buenos Aires.
- MORA Y ARAÚJO, M. (1985): «La naturaleza de la coalición alfonsinista», en Natalio BOTANA y otros, *La Argentina Electoral*, Sudamericana, Buenos Aires.
- (1989): «El cuadro político electoral», en L. DE RIZ y D. NOHLEN (comps.), *Reforma institucional y cambio político* (próxima publicación).